

**SENDAS
QUE CONDUCEN
AL PODER**



Por A. W. TOZER

la PUBLICACIONES
ADIEL

PA-041-01-03

CONTENIDO

Sendas que conducen al poder	5
La parte de Dios y la parte del hombre . . .	13
Los frutos de la obediencia	21
Los milagros vienen detrás del arado . . .	29
Por medio del derramamiento del Espíritu	45
Unidad y renovación	55

SENDAS QUE CONDUCEN AL PODER

Autor: A. W. Tozer

© Copyright 1990. Derechos reservados.

ISBN 980-6221-47-8

Publicado por Publicaciones ADIEL

Apartado 370 - Maracay - Venezuela

Impreso por Publicaciones ADIEL.

SENDAS QUE CONDUCEN AL PODER

El evento más grande de la historia ha sido la venida de Jesucristo en carne humana para vivir en la humanidad y morir por ella. Después de éste, el acontecimiento de mayor importancia ha sido el surgimiento de la iglesia para encarnar la vida de Cristo y difundir el conocimiento de su salvación por todo el mundo.

No fue una tarea fácil la que enfrentó la iglesia cuando descendió del aposento alto. La misión de llevar adelante la obra de un hombre del cual se sabía que había muerto como criminal, y aún más, de persuadir a los hombres que El había resucitado de los muertos y que era el Hijo de Dios y el Salvador, estaba desde el principio por su naturaleza, condenada al fracaso. ¿Quién creería esta fantástica historia? ¿Quién pondría su fe en alguien a quien la sociedad había condenado y crucificado?

Si la iglesia hubiera quedado abandonada a su propia suerte, ya estaría muerta, como les había sucedido a un centenar de sectas abortivas que habían aparecido antes de ella, y no hubiera dejado nada para que recordaran las futuras generaciones. El hecho de que la igle-

sia no pereció se debió por completo al elemento milagroso que había dentro de ella. Ese elemento fue provisto por el Espíritu Santo, que descendió sobre ella el día de Pentecostés, con el fin de darle el poder que necesitaba para su tarea; porque la iglesia no era una organización, ni un movimiento, sino una encarnación tangible de energía espiritual. Ella realizó, dentro de un tiempo notablemente corto, unos prodigios de conquista espiritual tan grandes, que nos quedamos completamente sin explicación, a menos que consideremos la participación divina.

En resumen, la iglesia comenzó con poder, se movió con poder y siguió hasta donde tuvo poder. Cuando ya no tuvo poder de Dios, se enterró en busca de seguridad y trató de conservar lo que había logrado. Pero las bendiciones que ella tenía eran como el maná: cuando trató de guardarlas para el otro día, criaron gusanos y se pudrieron. Es así como hemos pasado por el monasticismo, el escolasticismo y el institucionalismo, los cuales son indicaciones de lo mismo: la ausencia del poder espiritual.

Cada vez que ha habido un retorno al poder del Nuevo Testamento en la historia de la iglesia, se ha registrado un avance en alguna parte, una nueva proclamación del Evangelio de vida; y toda disminución de poder ha dado lugar al surgimiento de alguna clase de mecanismo para la conservación y la defensa.

Si este análisis es razonablemente correcto, entonces hoy nos encontramos en un estado de muy baja energía espiritual; pues no puede negarse que la iglesia moderna se ha enterrado hasta sus oídos y está luchando desesperadamente para defender el poco terreno que le queda. Carece del discernimiento espiritual necesario para saber que su mejor defensa es tomar la ofensiva, y está tan lánguida que no podría poner en práctica este conocimiento, aunque lo entendiera.

Si hemos de avanzar, tenemos que poseer poder. El paganismo está reduciéndole lentamente este terreno a la iglesia, y la única respuesta de ella es un "operativo" ocasional, que pudiera describirse como una leve contracción de los músculos morales. Estos operativos llegan hasta los titulares y tal vez aun lleguen a merecer un reporte gráfico en la última página, pero lo que logran en el sentido duradero es muy poco y pronto se olvida. La iglesia tiene que tener poder y llegar a ser formidable, peligrosa, si ha de volver a obtener su prestigio y proseguir hasta hacer que su mensaje sea tan revolucionario y conquistador como lo fue en otros tiempos.

Puesto que la palabra poder tiene muchos usos y abusos, permítaseme explicar lo que quiero decir con ella. Primeramente, me refiero a una energía espiritual de suficiente voltaje como para producir otra vez grandes santos. El tipo de crecimiento cristiano, blando e

inofensivo, que hay en nuestra generación, no es más que un triste ejemplo de lo que la gracia de Dios puede hacer cuando opera con poder. El acto de aceptar a Cristo, que está desprovisto de emoción en el día de hoy, se parece muy poco a las conversiones tormentosas de los tiempos bíblicos. Necesitamos el poder que transforma, que llena el alma con una dulce intoxicación, que hace que un perseguidor de la iglesia quede "fuera de sí" con el amor de Cristo. Hoy tenemos santos teológicos, que pueden (y tienen que) probar que son santos apelando a citas del griego original. Necesitamos santos cuyas vidas proclamen que ellos son santos y que no necesiten acudir a la concordancia para lograr autenticidad.

En segundo lugar, me refiero a una unción espiritual que dé un ambiente celestial a nuestra adoración, que endulce nuestros lugares de adoración con una presencia mística. En tal santo lugar, los sermones ostentosos y las personalidades modernizadas se sentirán fuera de lugar, como si fueran una vergüenza para el Espíritu Santo; y el énfasis se hará en lo que corresponde: en el mismo Señor y en su mensaje.

Luego, cuando hablo de poder, me refiero a aquella cualidad celestial que distingue a la iglesia como una institución divina. La más grande evidencia de nuestra debilidad en estos días es que ya no hay nada terrible o misterioso en nosotros. Se han dado explicaciones acer-

ca de la iglesia, de la señal más segura de su caída. Pareciera que hoy no hay nada que no lo puedan explicar la sicología y las estadísticas. En la iglesia primitiva se reunían en el pórtico de Salomón y sentían de una manera tan grande la presencia de Dios que "ninguno se atrevía a juntarse con ellos". El mundo veía el fuego que había en ese bosque, y se detenía a mirar con temor; pero nadie le tiene temor a la ceniza. Hoy los atrevidos se acercan hasta donde les place; aun le dan palmaditas por la espalda a la moderna esposa de Cristo y se vuelven vulgarmente familiares. Si alguna vez hemos de volver a impresionar a los hombres no salvos con un saludable temor de lo sobrenatural, es preciso que experimentemos una vez más la santa dignidad del Espíritu, tendremos que tener de nuevo el misterio que inspira temor, el cual viene sobre los hombres y las iglesias cuando éstos están llenos del poder de Dios.

Además, me refiero a aquella energía eficaz que Dios ha derramado, tanto en tiempos bíblicos como posteriores, sobre la iglesia y sobre las circunstancias que la rodearon en su primera andanza y lucha en este mundo, que la hizo fructífera en el trabajo e invencible ante sus enemigos.

¿Milagros? Sí, si a usted le gusta esta palabra. ¿Respuestas a la oración? ¿Providencias especiales? Todas estas cosas y más, todo está resumido en las palabras del evangelista

Marcos: "Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían" (Marcos 16:20). Todo el libro de los Hechos y los más nobles capítulos de la historia de la iglesia que se han escrito desde los tiempos del Nuevo Testamento, son una extensión de este versículo.

Palabras como las que encontramos en Hebreos 2:4 constituyen una reprensión para la iglesia incrédula de nuestros días:

"...testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad."

Una iglesia fría está obligada a "interpretar" tal lenguaje. Ella no puede entrar en este asunto, así que se disculpa dando explicaciones. No se requiere ni un pequeño malabarismo, ni siquiera unas pocas declaraciones para las cuales no haya base bíblica, sino que cualquier cosa sirve para cubrirnos el rostro y dejar nuestro ego inalterado. Tal exégesis tan sólo es un refugio para la ortodoxia incrédula, un escondite para una iglesia que está tan débil que no puede sostenerse.

Nadie que tenga conocimiento de los hechos puede negar la necesidad de la ayuda sobrenatural en la obra de evangelización mundial. Estamos colocados en una situación tan desesperadamente inferior, ante la fuerza supe-

rior de este mundo que, en el caso nuestro, significa, o depender de Dios o sufrir la derrota. El cristiano que sale a trabajar sin fe en los milagros, regresará sin fruto. Nadie debe arriesgarse a tratar de hacer lo imposible, hasta que haya recibido el poder del Dios de lo imposible. Nuestra garantía es que "el poder del Señor" esté allí.

Por último, cuando hablo del poder me refiero a la inspiración divina que mueve el corazón y persuade al oyente para que se arrepienta y crea en Cristo. No es la elocuencia, ni la lógica; no es la argumentación. No son estas cosas, aunque lo que es pudiera ir acompañado por cualquiera de ellas o por todas. Es más penetrante que el pensamiento, más desconcertante que la conciencia, más convincente que las palabras. Es el milagro sutil que se produce después de la predicación inspirada por el Espíritu Santo, una misteriosa operación del Espíritu sobre el espíritu. Tal poder tiene que estar presente hasta cierto punto para que cualquiera pueda ser salvo. Es la capacitación máxima, sin la cual ni la persona más honesta que busque la salvación podrá hallar la fe salvadora.

Puesto que eso es así, tendremos tanto éxito según tengamos poder, ni más ni menos. La falta de fruto a lo largo de un período demuestra la falta de poder. Esto es tan cierto como el hecho de que las chispas se levantan. Las circunstancias pudieran obstaculizar la

obra temporalmente, pero nada puede resistir o levantarse durante largo tiempo contra el puro poder de Dios. Oponerse a este glorioso poder cuando es derramado sobre los hombres, sería como luchar contra el sinuoso rayo. Este poder salvará o destruirá. Será un olor de vida para vida o de muerte para muerte.

Dios dijo: "Recibiréis poder". Es una promesa y una provisión de Dios. Lo demás depende de nosotros.

La parte de Dios y la parte del hombre

El hecho de no distinguir entre la parte de Dios y la parte del hombre en la salvación, impide que incontables personas que buscan la paz, la hallen; y ha dejado a grandes sectores de la iglesia sin poder durante largos periodos.

Es necesario decir con osadía que hay algunas cosas que sólo Dios puede hacer y perdemos todo esfuerzo, si intentamos hacerlas nosotros. Hay otras cosas que sólo el hombre puede hacer, no obstante, si tratamos de persuadir a Dios para que las haga, perdemos nuestras oraciones. Es inútil tratar de hacer la obra que sólo puede hacer la gracia soberana; igualmente es inútil implorar a Dios que haga lo que, mediante su autoridad suprema, nos ha mandado hacer.

Entre las cosas que sólo Dios puede hacer, una de las más importantes es la obra de la redención. La expiación fue realizada en aquel lugar santísimo donde nadie, sino el divino Salvador, pudo entrar. Esta gloriosa obra no le debe al hombre ni un pensamiento, ni una acción, ni una virtud. Lo mejor de la raza de Adán no podría agregarle nada. Fue una obra de Dios, y el hombre sencillamente no podía tener parte en ella.

La redención es un hecho objetivo, es una obra potencialmente salvadora; realizada a favor del hombre, efectuada fuera e independientemente del individuo. La obra de Cristo en el Calvario hizo la expiación para todos los hombres, pero no salvó a ningún hombre. La salvación es personal. Es la redención hecha efectiva hacia el individuo, es la obra de Dios en el corazón, hecha posible por el sacrificio de Cristo en la cruz. Tanto la obra de la redención, efectuada una vez, como la de la salvación realizada muchas veces, pertenecen a la clase de cosas que sólo Dios puede hacer.

Ningún hombre puede perdonar su propio pecado; absolutamente nadie puede regenerar su corazón; ni declararse justificado y limpio. Todo esto es obra de Dios en el hombre, que emana de lo que Cristo ya hizo a favor del hombre. La expiación universal hace que la salvación esté disponible para todo el género humano, pero no implica que sea universalmente efectiva en cada individuo.

Si la expiación se hizo a favor de toda la humanidad, ¿por qué no todos los hombres son salvos? La respuesta es la siguiente: Para que la redención llegue a ser efectiva en el individuo, éste tiene que realizar una acción. Esta no es un acto de mérito, sino de condición. Es un acto de importancia eterna para nosotros, porque el hecho de no cumplirlo impide que recibamos la obra de Cristo en la

salvación individual. Este acto del hombre, mediante el cual se apropia la salvación, sólo puede hacerlo el hombre.

La ortodoxia de nuestro tiempo tiene temor de enfrentarse a esta verdad. Se nos ha enseñado la doctrina de la gracia, y tenemos un temor horrible de declarar las cosas, no sea que le quitemos a la gracia su carácter absoluto y le sustraigamos los méritos a la cruz. Pero es un error hablar de una manera suave sobre un tema tan vital para el alma. Debemos comprender la clara distinción y luego ser tan osados como nos lo impongan los hechos. No necesitamos temer nunca que le vamos a robar la gloria a Dios por el simple hecho de comprender una verdad que El mismo nos ha revelado. El hecho de no distinguir la parte de Dios de la que corresponde al hombre, ha dado como resultado una confusión mental y una inacción moral entre los cristianos. La seguridad y el poder requieren que sepamos y actuemos conforme a la verdad tal como se nos revela en la Palabra de Dios.

En la categoría de las cosas que Dios no puede hacer está la siguiente: Dios no puede arrepentirse por nosotros. En nuestros esfuerzos para magnificar la gracia, hemos predicado de tal manera que comunicamos la impresión de que el arrepentimiento es una obra de Dios. Este es un grave error que está imponiendo por todas partes espantosas exigencias a los cristianos. Dios ha mandado a

todos los hombres que se arrepientan, nunca prometió arrepentirse por ellos. Ni siquiera Cristo pudiera hacerlo por otra persona. El murió en nuestro lugar, pero no puede arrepentirse por nosotros.

Dios en su misericordia puede inclinarnos, movernos y capacitarnos por su Espíritu al arrepentimiento. La Biblia enseña claramente que para ser salvos, tenemos que aplicar nuestro libre albedrío, arrepentirnos hacia Dios y depositar la fe en Jesucristo; la experiencia lo apoya de manera abundante. El arrepentimiento implica reforma moral. Las prácticas incorrectas están en el lado del hombre y sólo él puede corregirlas. La mentira, por ejemplo, es un acto del hombre y él tiene que asumir plena responsabilidad; cuando se arrepienta, dejará de mentir.

Cuando las cosas se declaran así, de una manera franca, se hacen lo suficientemente obvias, que podemos preguntarnos por qué razón las personas esperan que Dios se arrepienta por ellas. Sin embargo, en la práctica y bajo la presión de una fuerte emoción religiosa, las cosas no son tan claras como uno pudiera suponer. El énfasis en que "todo ha sido hecho, y tú no puedes hacer nada", ha causado confusión entre los que buscan la verdad. Se les dice a las personas que tienen que perecer por causa de lo que son, no por causa de lo que hacen. Lo que hacen no es de ningún modo importante; y además, no pue-

den hacer nada para salvarse. Incluso se les advierte que sugerir tal cosa es ofender a Dios. ¿El ejemplo de Caín no es suficientemente horrible para probar eso? Y así estas personas son bamboleadas de manera impotente entre el primer y el último Adán. Uno pecó por ellos y el otro ha hecho todo lo demás. Así se corta el nervio de su vida moral y quedan expuestos a hundirse en la desesperación, con temor de moverse, para no ofender a Dios, y sin embargo están profundamente conscientes que algo anda mal en sus vidas religiosas.

El remedio consiste en comprender claramente que los hombres no están perdidos por causa de lo que alguien hizo hace millares de años; están perdidos por cuanto pecan individualmente. Y puesto que la expiación ha sido hecha, son salvos por cuanto se arrepienten individualmente. Creer que podemos delegar el arrepentimiento es una inferencia sacada de la doctrina de la gracia, cuando se entiende imperfectamente y se presenta de manera errada.

Hay otra cosa que Dios no puede hacer: El no puede creer por nosotros. Ciertamente la fe es un regalo de Dios; pero el ejercicio de ese don es un acto de nuestra voluntad. La fe envuelve una estima del carácter de Dios por parte del creyente. Consiste en decidir que Dios es digno de confianza y luego tener fe en El de tal manera que nos lleve a descansar en sus promesas y obedecer sus mandamientos:

esa es la fe bíblica. Cuando Dios es el objeto de la fe, no puede ser a la vez el sujeto. El pecador que se arrepiente es el que tiene que creer. La fe salvadora conducirá inevitablemente a un acto de consagración a Cristo. El que busca la verdad tiene que hacerlo por sí mismo. Dios puede ayudarlo y esperar pacientemente durante mucho tiempo; pero nunca tomar el lugar del pecador ni hacer este acto por él.

Cuando una vez más se entienda que Dios no será responsable de nuestro pecado e incredulidad, será un día de alegría para la iglesia. La comprensión de que seremos moralmente responsables de nuestros pecados en el juicio, puede resultar chocante, pero aclara el entendimiento y quita la incertidumbre. Los pecadores que regresan a Dios, pierden su tiempo cuando lo dedican a pedirle que haga aquellas mismas acciones que El severamente les ordenó que hicieran. El no discutirá con ellos, sencillamente dejará que escojan su destino. La incredulidad es un gran pecado, o mejor dicho, es la evidencia de que los pecados están encubiertos y no confesados. El orden es: "arrepentíos y creed". La fe ciertamente vendrá después del arrepentimiento y la salvación será el resultado feliz.

Cualquier interpretación sobre la libre gracia de Dios, que exonere al pecador de su plena responsabilidad de arrepentirse y creer, no es de Dios, ni está de acuerdo con la verdad

revelada. El tampoco es responsable de ayudarnos a arrepentir. Dios no nos debe nada, excepto la justicia. El único hombre que recibe su merecido es aquel que muere en pecado y va sin bienaventuranza al juicio. Todos los demás somos objetos de una misericordia que no hemos ganado. Esperar que Dios nos ayude a arrepentirnos o creer que de algún modo El está obligado a hacer eso, es entender mal todo el plan de la redención y sustituir la gracia por los méritos en la salvación.

¿Qué relación tiene todo esto con la carencia de poder en la iglesia de nuestro tiempo? Mucha, en realidad. Millones de personas comienzan su vida religiosa sin entender el deber moral que tienen con Dios. Tienen la vaga esperanza que la obra de Cristo en la cruz se hizo cargo de su responsabilidad, por tanto, no hacen ningún esfuerzo para poner sus vidas a tono con los requerimientos del Nuevo Testamento. En consecuencia, no tienen claridad con respecto a nada; están llenos de incertidumbre y dudas. Su experiencia religiosa es una amarga desilusión. Tienen poco gozo y ningún entusiasmo, porque es difícil que uno llegue a sentirse emocionado con respecto a una incertidumbre.

No vale la pena exhortar a esos pretendidos cristianos para que busquen el poder; no vale la pena hablarles de las bendiciones de una vida rendida al Señor. Sencillamente no pueden entender tal cosa; oyen el sermón y luego

continúan con su tediosa tarea de tratar de persuadir a Dios para que haga las cosas que El les ha mandado. Hasta que esto se corrija, podemos esperar poco poder en nuestras iglesias.

Los frutos de la obediencia

Obedecer, según el Nuevo Testamento, significa poner seria atención a la Palabra de Dios, someterse a su autoridad y practicar sus instrucciones.

La obediencia, en este sentido, es casi una letra muerta en el cristianismo moderno. Se puede enseñar de vez en cuando de una manera lánguida, pero no se destaca suficientemente como para darle poder a la vida de los oyentes. Para que una doctrina sea efectiva, además de ser recibida y sostenida por la iglesia; tiene que estar respaldada por tal fuerza de convicción moral que el hincapié caiga como un golpe sobre el fulminante, para que haga estallar la energía que está latente dentro de ella.

La iglesia de nuestro tiempo ha suavizado la doctrina de la obediencia, bien descuidándola por completo o mencionándola sólo en forma apologética, como si fuera de paso. Este es el resultado de una confusión fundamental en la mente del predicador y de la iglesia respecto a la obediencia y las obras. Al descartar la falsa doctrina de la salvación por medio de las obras, hemos caído en el error opuesto de la salvación sin obediencia.

La Biblia no enseña nada acerca de la salvación aparte de la obediencia. Pablo dio tes-

timonio que él fue enviado a predicar "la obediencia a la fe en todas las naciones". El les recordó a los cristianos de Roma que habían sido libertados del pecado por la siguiente razón: "... habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados". En el Nuevo Testamento no hay contradicción entre la fe y la obediencia, pero sí entre la fe y las obras de la ley y también entre la ley y la gracia.

La Biblia no reconoce ninguna fe que no conduzca a la obediencia, ni ninguna obediencia que no brote de la fe. Las dos son los lados opuestos de la misma moneda. Si usted tuviera que dividir una moneda por el filo, destruiría ambos lados, perdiendo totalmente su valor. Del mismo modo la fe y la obediencia están unidas para siempre y ambas pierden su valor cuando se separan. El problema que muchos tenemos hoy consiste en que estamos tratando de creer, sin intentar obedecer.

El mensaje de la cruz contiene dos elementos: (1) promesas y declaraciones que deben creerse, y (2) mandamientos que deben obedecerse. Obviamente, la fe es necesaria para las primeras y la obediencia, para los segundos. De hecho lo único que podemos hacer con una promesa o una declaración es creerla; físicamente es imposible obedecerla, porque no se refiere a nuestra voluntad, sino a nuestro entendimiento. Igualmente es imposible creer un mandamiento; porque no está dirigido

esencialmente a nuestro entendimiento, sino a nuestra voluntad. Ciertamente, podemos tener fe en su justicia; confiar en que es un mandamiento bueno y correcto; pero eso no es suficiente. Mientras rehusemos obedecer, no hemos hecho nada con respecto al mandamiento. Esforzarnos para creer aquello que se dirige a nuestra obediencia es enmarañarnos desesperadamente en un laberinto de imposibilidades.

La doctrina del Cristo crucificado y la riqueza de verdades que se vinculan a ella, tienen este doble contenido. Por tanto, el apóstol puede hablar acerca de "la obediencia a la fe", sin contradecirse. Se puede afirmar: "El evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree", y "...Vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen". No hay nada incompatible entre estas dos declaraciones cuando se entienden a la luz de la unidad, esencial entre la fe y la obediencia.

La debilidad del mensaje que predicamos hoy radica en hacer más hincapié en la fe que en la obediencia. Esto se ha llevado tan lejos que, en la mente de millones de personas religiosas, la palabra creer tiene el doble significado de creer y obedecer. Se ha producido una hueste de cristianos mentales cuyos caracteres están mal formados y sus vidas fuera de proporción. Erróneamente se ha tomado la imaginación como si fuera la fe, y se ha hecho que le sirva a la obediencia.

Hay una enfermedad mental bastante conocida entre nosotros, que consiste en que el paciente vive en un mundo completamente imaginario, ficticio, lleno de fantasía, sin ninguna realidad objetiva que corresponda a esa fe. Todos saben esto, excepto el mismo paciente; él discute a favor de su mundo con toda la lógica de un hombre cuerdo; y lo patético es que él es absolutamente sincero.

Por tanto, hallamos cristianos que han vivido durante tanto tiempo en la atmósfera enraizada de la imaginación que parece casi imposible relacionarlos con la realidad. La desobediencia ha paralizado sus piernas morales y disuelto su columna vertebral; así que se desploman en un montón esponjoso de teoría religiosa, y creen todo con ardor, pero no obedecen en absoluto. En verdad, se escandalizan profundamente con sólo oír la palabra "obedecer". Para ellos huele a herejía y fariseísmo. Piensan que son los únicos que han usado bien la palabra de verdad. ¡Su doctrina de acción indolente es la religión del Nuevo Testamento! ¡Por esa razón, murieron los reformadores! Todo lo demás es la religión de Caín.

Si no fuera por el hecho de que este credo del impase moral ha influido prácticamente en todo rincón del mundo cristiano; ha capturado a los seminarios e institutos bíblicos; ha determinado el contenido de la predicación evangelista y hasta ha llegado a decidir qué clase de

cristianos debemos ser; todo esto pudiéramos pasarlo por alto y tomarlo como sólo una cosa más. Tengo la convicción que el falso concepto moderno de la función de la fe y el hecho que nuestros maestros no insisten en la obediencia, han debilitado a la iglesia y retardado lamentablemente el avivamiento en este último medio siglo. La única cura consiste en eliminar la causa. Para esto se necesita cierto valor, pero vale la pena el empeño decidido.

Siempre estamos en peligro de ser víctimas de las palabras. Una frase toma a menudo el lugar de la realidad espiritual; por ejemplo "seguir al Señor" o "seguir al Cordero" (Apocalipsis 14:4). No podemos, como los primeros discípulos, seguir al Maestro en determinada área geográfica. Tenemos la tendencia de pensar en esto con sentido literal, pero al mismo tiempo sabemos que es imposible y esto ha llegado a significar poco más que un acuerdo manifestado con movimientos afirmativos de la cabeza a las verdades del cristianismo. Pudiera sorprendernos el hecho de saber que el verbo "seguir" es una palabra del Nuevo Testamento que se usa para referirse al hábito establecido de obedecer los mandamientos de Cristo.

Examinemos algunos frutos de la obediencia mencionados en el Nuevo Testamento: la casa del hombre obediente se construye sobre la roca (Mateo 7:24). Este hombre será amado por el Padre, y contará con la manifestación

del Padre y del Hijo, quien vendrá a él y hará morada en él (Juan 14:21,23). Este permanecerá en el amor de Cristo (Juan 15:10). Mediante la obediencia a la doctrina de Cristo, es libertado del pecado y hecho siervo de la justicia (Romanos 6:17,18); se le da el Espíritu Santo (Hechos 5:32). Se libra de engañarse a sí mismo y es bienaventurado en todo lo que hace (Santiago 1:22-25). Su fe es perfeccionada (Santiago 2:22). Es confirmado en la seguridad que tiene de Dios y en la confianza de que todo lo que pida en oración lo recibirá (1 Juan 3:18-22). Estos son algunos versículos que pueden citarse del Nuevo Testamento; sin embargo, más importante que cualquier cantidad de versículos probatorios es el hecho de que el flujo total del Nuevo Testamento se mueve en este sentido. Uno o dos versículos pudieran ser mal interpretados, pero no se puede interpretar mal el tenor total de la Escritura.

¿Hasta dónde llega todo esto? ¿Cuáles son las implicaciones prácticas para nosotros los cristianos comunes y corrientes de hoy? Podemos estar seguros de esto: Dios nos enviará las lluvias de bendición tan pronto como comencemos a obedecer sus claras instrucciones. No necesitamos una nueva doctrina, ni un nuevo movimiento, ni una "clave", ni siquiera a un evangelista importado o un "curso" costoso para que nos muestren el camino. Está delante de nosotros tan claro como una autopista de cuatro canales juntos.

A cualquiera que pregunte, le diría: "Sencillamente haga lo que usted sabe que debe hacer a continuación, para poner en práctica la voluntad del Señor. Si hay pecado en su vida, abandónelo. Apártese de la mentira, murmuración, deshonestidad o de cualquier pecado. Abandone los placeres mundanales, la extravagancia en el gasto, la vanidad en el vestir, en su carro, en su hogar. Póngase en armonía con cualquier persona a la que haya hecho algún mal. Perdone a cualquiera que se haya actuado mal con usted. Comience a usar su dinero para ayudar a los pobres y llevar adelante la causa de Cristo. Tome la cruz y viva con sacrificio. Ore, dé, asista al servicio del Señor. Testifique de Cristo, no sólo cuando sea conveniente, sino también cuando comprenda que debe hacerlo. No considere el costo, ni tema a las consecuencias. Estudie el Nuevo Testamento para conocer la voluntad de Dios y luego hágala tal como la comprende. Comience ahora, dando el paso siguiente y prosiga."

del Padre y del Hijo, quien vendrá a él y hará morada en él (Juan 14:21,23). Este permanecerá en el amor de Cristo (Juan 15:10). Mediante la obediencia a la doctrina de Cristo, es libertado del pecado y hecho siervo de la justicia (Romanos 6:17,18); se le da el Espíritu Santo (Hechos 5:32). Se libra de engañarse a sí mismo y es bienaventurado en todo lo que hace (Santiago 1:22-25). Su fe es perfeccionada (Santiago 2:22). Es confirmado en la seguridad que tiene de Dios y en la confianza de que todo lo que pida en oración lo recibirá (1 Juan 3:18-22). Estos son algunos versículos que pueden citarse del Nuevo Testamento; sin embargo, más importante que cualquier cantidad de versículos probatorios es el hecho de que el flujo total del Nuevo Testamento se mueve en este sentido. Uno o dos versículos pudieran ser mal interpretados, pero no se puede interpretar mal el tenor total de la Escritura.

¿Hasta dónde llega todo esto? ¿Cuáles son las implicaciones prácticas para nosotros los cristianos comunes y corrientes de hoy? Podemos estar seguros de esto: Dios nos enviará las lluvias de bendición tan pronto como comencemos a obedecer sus claras instrucciones. No necesitamos una nueva doctrina, ni un nuevo movimiento, ni una "clave", ni siquiera a un evangelista importado o un "curso" costoso para que nos muestren el camino. Está delante de nosotros tan claro como una autopista de cuatro canales juntos.

A cualquiera que pregunte, le diría: "Sencillamente haga lo que usted sabe que debe hacer a continuación, para poner en práctica la voluntad del Señor. Si hay pecado en su vida, abandónelo. Apártese de la mentira, murmuración, deshonestidad o de cualquier pecado. Abandone los placeres mundanales, la extravagancia en el gasto, la vanidad en el vestir, en su carro, en su hogar. Póngase en armonía con cualquier persona a la que haya hecho algún mal. Perdona a cualquiera que se haya actuado mal con usted. Comience a usar su dinero para ayudar a los pobres y llevar adelante la causa de Cristo. Tome la cruz y viva con sacrificio. Ore, dé, asista al servicio del Señor. Testifique de Cristo, no sólo cuando sea conveniente, sino también cuando comprenda que debe hacerlo. No considere el costo, ni tema a las consecuencias. Estudie el Nuevo Testamento para conocer la voluntad de Dios y luego hágala tal como la comprende. Comience ahora, dando el paso siguiente y prosiga."

Los milagros vienen detrás del arado

"... haced para vosotros barbecho; porque es el tiempo de buscar a Jehová, hasta que venga y os enseñe justicia" (Oseas 10:12).

En este pasaje se nos habla de dos clases de terreno: el terreno no cultivado y el terreno arado.

El terreno no cultivado está complacido de sí mismo, satisfecho, protegido de la sacudida del arado y de la agitación de la rastra. Ese terreno, tal como yace año tras año, llega a ser una señal muy conocida para las aves del cielo. Si tuviera inteligencia, llegaría a sentir una gran satisfacción por su reputación de estabilidad; la naturaleza lo ha adoptado; se puede contar con que siempre seguirá siendo el mismo, mientras los campos que lo rodean cambian del color café al verde y viceversa. Seguro y sin perturbaciones, se desparrama dormido ante la luz de sol. Es el cuadro del soñado contentamiento. Pero ese terreno está pagando un espantoso precio por su tranquilidad. Nunca ve el milagro del crecimiento; jamás siente los movimientos de la vida que se desarrolla, ni ve la maravilla de la semilla que brota, ni la belleza del grano que madura. No puede ver el fruto, porque le tiene miedo al arado y a la rastra.

En cambio, el campo cultivado se ha entregado a la aventura de la vida. La cerca protectora se ha abierto para admitir el arado y éste se ha portado como de costumbre: práctico, cruel, serio y apresurado. La paz ha sido alterada por los gritos del granjero y el traqueoteo de los implementos de cultivo. El campo ha sentido los agudos dolores del cambio; ha sido trastornado, volteado, herido y quebrantado; pero su recompensa es indecible, pues cada día ve una maravilla que crece. La semilla dispara su milagro de vida hacia la luz del sol, curioso, para explorar el nuevo mundo que está por encima de él. En todo el campo, la mano de Dios está obrando a través de la antigua y siempre renovada labor de la creación: nacen nuevas plantas, para crecer, desarrollarse, madurar y consumir la gran profecía que está latente en la simiente antes de entrar a la tierra. Las maravillas de la naturaleza vienen en pos del arado.

Hay también dos clases de vida: la vida que no está cultivada y la vida arada. Para buscar ejemplos de la vida no cultivada no necesitamos ir lejos. Estas vidas abundan entre nosotros.

El hombre de vida no cultivada se contenta consigo mismo y con el recuerdo del fruto que una vez produjo. No quiere ser perturbado. Sonríe con una tolerante superioridad ante los avivamientos, los ayunos, los actos de escudriñamiento personal y ante toda la angustia de

los dolores de parto y del proceso de producir fruto. El espíritu de aventura está muerto dentro de esta persona. Es firme, "fiel", siempre está en su lugar acostumbrado, "como el antiguo campo"; es conservadora y en cierto sentido es una señal en la pequeña iglesia; pero no lleva fruto. La maldición de tal vida está en que se quedó estancada, tanto en tamaño como en contenido. "El ser" ha desplazado al "llegar a ser". Lo peor que se puede decir es que tal individuo es lo que será. El se ha encerrado dentro de una cerca, dejando afuera Dios y el milagro.

La vida arada es aquella que, mediante el acto del arrepentimiento, ha derribado las cercas protectoras y ha permitido que el arado de la confesión penetre en el alma. La instancia del Espíritu Santo, la presión de las circunstancias y la angustia de una vida sin fruto se han combinado para humillar completamente el corazón. Tal vida ha quitado la defensa y ha abandonado la seguridad de la muerte para enfrentarse al peligro de la vida. El descontento, el anhelo, la contrición, la valiente obediencia a la voluntad de Dios, han herido y quebrantado al suelo a tal punto que ya está listo de nuevo para la siembra.

Y como siempre, el fruto viene después del arado. La vida y el crecimiento comienzan tan pronto como Dios "enseña justicia". Tal persona puede testificar: "... la mano de Jehová era fuerte sobre mí".

La historia religiosa nos presenta dos fases correspondientes a estas dos clases de vida: la dinámica y la estática.

Los períodos dinámicos fueron aquellos en que el pueblo de Dios se conmovió para cumplir el mandato de Dios y salir sin temor a llevar el testimonio de El al mundo. Fue entonces cuando se apartaron de la seguridad de la inacción y prefirieron los riesgos del progreso inspirado por Dios. Invariablemente, el poder de Dios vino detrás de la acción. El milagro de Dios se producía cuando su pueblo marchaba y cesaba cuando éste se detenía.

Los períodos estáticos fueron aquellos cuando el pueblo de Dios se cansó de la lucha y buscó una vida de paz y seguridad. Luego se dedicaron a tratar de conservar lo que habían ganado durante aquellos tiempos de mayor osadía cuando el poder de Dios se movió entre ellos.

La historia bíblica está repleta de ejemplos. Abraham "salió" a su gran aventura de fe y Dios fue con él. Obtuvo como resultado revelaciones, teofanías, el regalo de la tierra de Palestina y las promesas de ricas bendiciones. Luego, Israel descendió a Egipto y las maravillas cesaron durante cuatrocientos años. Al fin de ese tiempo, Moisés oyó el llamamiento de Dios y salió a desafiar al Faraón, el opresor. Un torbellino de poder acompañó a este desafío e Israel comenzó la marcha. Mientras Israel se atrevió a marchar, Dios envió sus

milagros para esclarecer el camino. Sin embargo, cuando Israel se quedó tranquilo, como un terreno no cultivado, el Señor retiró sus bendiciones y esperó hasta que el pueblo se levantara para manifestar su poder.

Este es un esbozo general de la historia de Israel y de la iglesia. "Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la Palabra con las señales que la seguían." Mientras hicieron esto, el Señor obró. Pero cuando se retiraron a los monasterios o se dedicaron a jugar a la construcción de bellas catedrales, la ayuda de Dios se retiró, hasta que un Wesley o un Lutero se levantó para volver a desafiar el infierno. Luego, Dios invariablemente derramó su poder como antes.

Esta ley opera en toda organización eclesiástica, sociedad misionera, iglesia local o individuo cristiano. Dios obra mientras su pueblo viva con osadía, no lo hace cuando su pueblo ya no necesita su ayuda. Tan pronto como buscamos la protección fuera de Dios, la hallamos para nuestra propia ruina. No obstante, cuando erigimos un muro de dotaciones, reglamentos, prestigios y multiplicamos agencias en las cuales queremos delegar nuestras responsabilidades, se establece una incipiente senilidad que sólo puede terminar en un rigor de muerte.

El poder de Dios sólo se manifiesta cuando lo invocamos con la disposición de poner el

arado a funcionar. Sólo se libera en la iglesia, cuando hace algo que demande ese poder. Cuando hablo de "hacer", no me refiero a la mera actividad. La iglesia tiene suficiente ajeteo tal como está, pero en todas sus actividades toma medidas preventivas para que nadie le toque su terreno; cuidando de confinar su ajeteo dentro de los límites fijados con temor para la completa seguridad. Por esa razón ella es estática e infructífera; está segura, pero no cultivada.

Miremos alrededor y veamos dónde se están produciendo los milagros de poder. Nunca se producen en el seminario, donde cada pensamiento está preparado para el estudiante, a fin de que sea recibido sin dolor y de segunda mano; jamás lo encontramos en la institución religiosa, donde la tradición y el hábito hicieron la fe innecesaria desde hace mucho tiempo; tampoco en la antigua iglesia donde las lápidas del recuerdo dan testimonio silencioso de la gloria que existió una vez. Invariablemente, donde la fe osada lucha contra obstáculos imposibles para avanzar, Dios envía "ayuda desde el santuario".

En nuestra sociedad, el poder de Dios ha estado en suspenso sobre nuestra frontera. Los milagros nos han acompañado cuando avanzamos y cesan cuando nos sentimos satisfechos. El credo de poder no nos salvará de la esterilidad. Tenemos que continuar haciendo la obra de poder.

Estoy más preocupado por el efecto de esta verdad sobre la iglesia local y el individuo. Existen iglesias en las cuales el fruto abundante es el resultado regular y esperado semana tras semana; pero ahora hay muy poco o ningún fruto, dando la impresión que el poder de Dios está en suspenso. Dios no ha cambiado, tampoco el bendito propósito que tiene para la iglesia; ella es la que ha cambiado.

Si la iglesia se hiciera un pequeño examen, éste revelaría que se ha convertido en un terreno no cultivado. Ha pasado por sus primitivos dolores de parto, aceptando una manera de vida más fácil. Se contenta con llevar adelante su programa indoloro, con tal de tener suficiente dinero para pagar las cuentas y otra gran cantidad que le asegure su futuro.

Su gente la mira en busca de seguridad. En vez de buscar guía para la batalla entre el bien y el mal; se ha convertido en escuela en lugar de ser un cuartel. Sus miembros son estudiantes, no soldados; estudian las experiencias de otros, en lugar de experimentarlas por su propia cuenta.

El único sendero hacia el poder para una iglesia en tal condición, consiste en salir de su escondite y tomar la senda de la obediencia, que está rodeada de peligro. La seguridad es su enemigo más mortal. La iglesia que le tiene temor al arado escribe su propio epitafio; la que sigue en pos anda en el camino del avivamiento.

OBSTÁCULOS DOCTRINALES

Para cualquier observador casual de la escena religiosa de nuestro tiempo, hay dos cosas que se evidencian de inmediato: una, que hay muy poca convicción de pecado entre las personas no salvas; y dos, que los cristianos profesantes comunes y corrientes viven de una manera tan mundana y descuidada que se hace difícil distinguirlos de las personas no convertidas. El poder que trae convicción al pecador y capacita al cristiano para vencer en la vida diaria está siendo obstaculizado. Sería demasiado referirse a "cualquier cosa" como la única causa, porque realmente, son muchas las que se atraviesan en el camino de la plena realización de los privilegios que nos corresponden, según el Nuevo Testamento. Sin embargo, hay una clase de obstáculo tan conspicuo que tiene que nombrarse: me refiero a aquél presentado por la falsa doctrina y por el hincapié exagerado en las doctrinas correctas. Quiero señalar algunas de estas doctrinas, con la sincera esperanza que no despierte controversia, sino que más bien nos lleve a un reverente examen de nuestra posición.

El cristianismo fundamentalista de hoy está profundamente influido por aquel antiguo enemigo de la justicia, llamado antinomianismo. Este credo declara fácilmente: Somos salvos por la fe sola; las obras no tienen parte en nuestra salvación; la conducta es obras y no tiene importancia. Lo que hacemos no

puede ser importante mientras creamos lo correcto. El divorcio entre el credo y la conducta es absoluto y final. La cuestión del pecado quedó arreglada en la cruz; la conducta está fuera del círculo de la fe y no puede meterse entre el creyente y Dios. Tal es, en resumen, la enseñanza del antinomianismo; que ha penetrado tan completamente en la enseñanza del elemento fundamentalista del cristianismo moderno, que es aceptada por las masas como si fuera la verdad.

El antinomianismo es la doctrina de la gracia llevada por una lógica desenfadada hasta el punto de la absurdidad. Sigue la enseñanza de la justificación por la fe y la tuerce hasta deformarla. Plagó el trabajo del apóstol Pablo por dondequiera que iba e hizo que produjera algunas de sus más pintorescas denuncias. Cuando surgió la pregunta: "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?", él lo atacó abiertamente en aquel terrible argumento que se ve en el capítulo 6 de su Epístola a los Romanos.

Los abogados del antinomianismo de hoy merecen nuestro respeto por lo menos en una cosa: que sus motivos son buenos. El error brota de un deseo de magnificar la gracia y de exaltar la libertad del Evangelio. Ellos comienzan bien, pero se dejan llevar más allá de lo que está escrito, mediante una adherencia servil a una lógica indisciplinada. Siempre es peligroso aislar una verdad y luego presionarla

hasta sus límites sin tener en cuenta otras verdades. La Escritura no enseña que la gracia nos libra de hacer el mal, sino para practicar el bien. Entre estos dos conceptos de gracia hay un mar de diferencia. Se puede decir, como un axioma del sistema cristiano, que cualquier cosa que haga permisible el pecado es un enemigo de Dios y de las almas de los hombres.

Apenas estamos saliendo de una era en que el hincapié del cristianismo popular se hacía en el evangelio "positivo". Los lemas eran "la fe", "el programa", "la visión", bajo una perspectiva completamente objetiva. Los hombres tronaron contra la responsabilidad, los mandamientos y lo que burlonamente llamaron un decálogo de: "No hagas esto ni lo otro." Hablaban acerca del Jesús "grande" y "amable" que había venido para ayudar a los pobres pero bien intencionados pecadores a lograr la victoria. Presentaban a Cristo como un poderoso contestador de la oración, pero no demasiado particular. El mensaje se proclamó de tal manera que animaba a asumir hacia Cristo la actitud del que ha recibido los panes y los peces. Aquella parte del Nuevo Testamento que actúa como un incentivo para la vida santa, se sacaba cuidadosamente del contenido, alegando que era "negativa" y no se toleraba. Millares de personas que no tenían la intención de dejar todo y seguir al Señor, buscaban ayuda. La voluntad de Dios se interpretaba como lo que expresan estas pala-

bras: "ven y recíbela." De esta manera Cristo llegó a ser una conveniencia útil, pero su indisputable reclamo que El es el Señor sobre el creyente, no se tomaba seriamente en cuenta.

Mucho de esto ya es historia. La época de la gran depresión ayudó a matarlo, pues hizo que las grandes reuniones en las cuales se propagaba se volvieran inútiles. Pero sus malos frutos permanecen. La corriente del pensamiento evangélico se ha revuelto y sus aguas están aún lodosas.

Una cosa que todavía permanece es una resaca de esos días de gala: el cómodo hábito de echarle la culpa al diablo. Se suponía que nadie debía sentir culpabilidad alguna; el diablo lo había hecho de todos modos. El llegó a ser el chivo expiatorio universal que tomaba la culpa de cada maldad del ser humano desde Adán hasta el día de hoy. Nosotros, geniales y amables pecadores, no somos realmente malos; sólo hemos sido descarriados por las lisonjas del malévolo espíritu de los lugares celestiales. Nuestros pecados no son la expresión de la voluntad rebelde; sólo son heridas donde el diablo ha estado golpeándonos con frecuencia. Por supuesto, los pecadores no deben sentirse culpables, pues sólo son víctimas de la perversidad de otro.

Con esta clase de enseñanza, uno no se puede condenar a sí mismo, pero sí compadecerse, y lo hace por el duro trato que nosotros,

pecadores inocentes, hemos recibido de las manos del diablo. Todo estudiante de la Biblia sabe cuál es la parte que Satanás jugó en la caída de la raza, no obstante, hacerlo responsable de nuestros pecados es practicar un engaño mortal contra nuestras almas. Y el engaño más difícil de curar es el que uno se impone a sí mismo.

Otra doctrina que obstaculiza la obra de Dios y que casi se predica universalmente, es que las personas no están perdidas por cuanto han pecado, sino porque no han aceptado a Jesús. "Los hombres no están perdidos por cuanto asesinan, no son enviados al infierno por mentir, robar y blasfemar; pero sí por rechazar al Salvador." Esta predicación de vista corta se nos proclama constantemente y raras veces es desafiada por los oyentes. Un argumento paralelo sería protestado por considerarlo tonto, pero nadie se detiene a anotarlo: "Un hombre que tiene cáncer se está muriendo, pero no es el cáncer el que lo está matando; sino el hecho de no aceptar la cura." ¿No podemos ver que la única razón por la cual un hombre necesita la cura es porque ya está destinado a la muerte por causa del cáncer?

La única razón por la cual necesito recibir a Jesús, en su condición de Salvador, es que ya estoy destinado al infierno por los pecados que he cometido. Negarme a creer en Cristo es un síntoma de un mal más profundo en mi vida, pecados no confesados y perversos cami-

nos que no he abandonado. La culpabilidad está en los actos de pecado; la prueba de esa culpa es el hecho de rechazar al Salvador.

Si alguien siente el deseo de apartar esto por considerarlo sólo como una verbosidad, primero haga una pausa: la enseñanza doctrinal que el único pecado que condena es el de rechazar a Jesús, es una causa que contribuye a nuestra presente debilidad y a la falta de garra moral. Tal enseñanza destruye el sentido de responsabilidad con respecto a nuestra conducta moral. Suaviza el pecado quitándole su horridez, haciendo que el mal consista sólo en un tecnicismo, y donde no se cura el pecado no puede fluir el poder.

Luego se nos dice que somos tan débiles por naturaleza que no podemos guardar la ley o hacer la voluntad de Dios. Por medio de sermones y cantos se nos mete a golpes nuestra impotencia moral hasta hacernos languidecer y desesperar. Además, añaden que tenemos que aceptar a Jesús y ser salvos de la ira que se produjo por quebrantar la ley. Sin importar lo que el intelecto diga, el corazón jamás puede aceptar la idea de responsabilizarnos por haber quebrantado una ley que no podemos guardar.

Los hombres están en plena libertad de hacer o no la voluntad de Dios. Si no la pueden hacer, no son culpables; y no tienen nada que temer. Si la pueden hacer, y no quieren, entonces son culpables, y como tales serán enviados

finalmente al infierno. Esto último es indudablemente la verdad. Los hombres pecan porque quiere, nadie negaría la debilidad de la carne. Sin embargo, la culpa del hombre está en rehusar a hacer las cosas que Dios ordena que haga y que están dentro de los límites del poder del hombre.

Basados en el testimonio que da Pablo, en el capítulo 7 de la Epístola a los Romanos, algunos maestros han deducido la idea de la incapacidad moral. Aun el poderoso Pablo, dicen ellos, no pudo guardar la ley de Moisés. ¿Creería cualquiera que lee estas líneas que Pablo, aun antes de su conversión, tenía el hábito de labrar ídolos para adorarlos? ¿O que él había estado inclinado a decir mentiras? ¿O que era demasiado débil para resistir la tentación de robar, blasfemar y cometer adulterio?

Sin duda, Pablo había vivido dentro de los requerimientos de la ley, pues dio testimonio: "... conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo". Y también dijo: "... yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy." El clamor de Pablo en Romanos no es para que se le conceda poder para obedecer los requerimientos ordinarios de la ley en su forma externa (la única forma de la cual la ley sabía algo), sino para que se le concediera la santidad interna que la ley no podía impartir. La ley, al demandarle justicia externa, le demostró la necesidad que tenía de pureza interna. El gemía en busca de

la santificación y no de la capacidad para resistir la tentación de hacer un becerro de oro.

La Biblia, en todas partes, toma como garantizada la capacidad de Israel para obedecer la ley. La condenación cayó por cuanto Israel, teniendo la capacidad, se negó a ponerla en práctica. Ellos pecaron, no por causa de una amable debilidad, sino por su rebeldía intencional contra la voluntad de Dios. Excusarlos, basados en la incapacidad, es colocar a Dios en una posición en que insinceramente le impone a su pueblo una ley que El sabía todo el tiempo que ellos no podían cumplir, y luego lo castiga con tiranía por no hacer lo que no podía. Dios no es así y esa no es la enseñanza de la Biblia.

Pero aun admitiendo que los hombres no puedan cumplir todos los requerimientos de Dios, ésta no es, sin embargo, la lucha que el Señor tiene contra ellos. El no está tratando de condenarlos por no hacer lo que no pueden; su lucha contra los hombres se debe a que no quieren hacer lo que sí pueden. Habrá suficiente tiempo para hablar respecto a lo que es imposible que las personas hagan, si realmente hacen lo que está a su alcance. Pero los hombres aún continúan tratando de convencer a los pecadores, diciéndoles que ellos pecaron porque no tenían otra alternativa.

Los razonamientos filosóficos que tratan de disculpar el pecado, buscándole una excusa teológica, en lugar de tratarlo como un crimen

contra Dios, está produciendo su terrible efecto entre nosotros. Un profundo escudriñamiento del corazón y un decidido apartarse de la mala voluntad harían mucho para devolverle el poder a la iglesia de Cristo. Tenemos que volver a oír la predicación tierna sobre este tema, que produce lágrimas, para que pueda venir el avivamiento.

Las contradicciones que observamos en las enseñanzas que hemos examinado son otra de las causas de la debilidad. Por regla general, los cristianos no disfrutaban de un gran poder hasta que comienzan a pensar correctamente. Si los metodistas tenían razón o no en cada punto que sostenían es una cuestión que queda abierta; pero sus líderes habían pensado las cosas tan claramente que no estaban conduciendo al pueblo en círculos mentales. Hasta donde ellos podían ver, no había contradicciones en su filosofía con respecto a la fe y ésta era una fuente real de fortaleza para ellos. Lo mismo podemos decir refiriéndonos a los avivamientos de Finney. Dios lo usó para hacer que la gente pensara correctamente con respecto a la redención. Tal vez todas sus conclusiones no hayan sido correctas, pero él quitó los estancamientos doctrinales y comenzó el movimiento del pueblo hacia Dios. Podríamos utilizar a otro Finney en el día de hoy.

Por medio del derramamiento del Espíritu

Un observador imparcial, que lea sin el obstáculo del prejuicio doctrinal, con toda seguridad deduciría de las Escrituras que Dios desea llevar su obra adelante entre los hombres mediante frecuentes derramamientos de su Espíritu sobre su pueblo, cuando éste se prepara para recibirlo. Hacemos esta declaración con el pleno conocimiento que será ardorosamente desafiada por algunos maestros. "No es bíblico orar ni esperar un derramamiento del Espíritu hoy. El Espíritu fue derramado una vez por todas en el Pentecostés y no ha abandonado a la iglesia desde ese tiempo. Pedir el Espíritu Santo ahora es pasar por alto el hecho histórico del Pentecostés."

Este argumento sutilmente utilizado para desanimar la expectativa, exitosamente ha logrado desalentar el fervor de muchas congregaciones, silenciando sus oraciones. Hay una lógica aparente en esta objeción con cierto aire de ortodoxia superior; no obstante, el gran problema consiste en que es contraria a la Palabra de Dios y no está en armonía con todo el tenor de la verdad revelada.

La Biblia no patrocina esta escalofriante doctrina de que tal bendición fue dada una vez

por todas; más bien nos exhorta a esperar "lluvias de bendición" y dice que el Señor derramará "agua sobre el sequedal". Era imposible que el derramamiento que descendió en el Pentecostés afectara a las personas que no estaban presentes, o a las congregaciones que aún no existían. Es obvio que los beneficios espirituales del Pentecostés tenían que prolongarse más allá de las vidas de aquellos que los disfrutaron por primera vez. El Espíritu no sólo tenía que llenar a aquella primera congregación de "como ciento veinte en número", sino también a otras personas; de lo contrario las bendiciones de aquella experiencia hubieran cesado con la muerte del último miembro del grupo original.

Todo esto parece suficientemente razonable, pero tenemos una palabra más segura en la Escritura: algún tiempo después del Pentecostés se reunió una compañía de creyentes con el fin de orar para pedir fuerza, obtener el poder Dios a favor de ellos, y así estar preparados para enfrentarse a la emergencia que en ese tiempo atravesaban. "Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron con denuedo la Palabra de Dios" (Hechos 4:31). Algunos de estos pertenecían al grupo original que fue lleno del Espíritu en el Pentecostés. Dificilmente pudiera concebirse que Dios hiciera algo antibíblico al volverlos a llenar después del Pentecostés. También hubo otro grupo en Samaria. Ellos creyeron

y fueron bautizados, pero no habían sido llenos con el Espíritu Santo: "... porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos" (Hechos 8:16). Después que Pedro oró, fueron llenos con el Espíritu. Y la manera como lo recibieron se sugiere en el contexto, en algunas versiones: "cayó sobre ellos". Otros ejemplos de poderosos derramamientos se nos dan también en Hechos 10 y 19.

En resumen, parece que las enseñanzas del Nuevo Testamento indican que el derramamiento del Espíritu el día de Pentecostés fue el comienzo histórico de una era que se caracterizaría por un continuo derramamiento del Espíritu Santo. Dios prometió, a través del profeta Joel, que en los últimos días, derramaría su Espíritu sobre toda carne. Las palabras "postreros días" constituyen un término que se aplica a un período que comienza con la primera venida de Cristo y continúa hasta la segunda. Esta es la posición que sostiene el doctor Scofield, como puede verse en sus notas sobre Joel 2 y Hechos 2.

Las experiencias de 1.900 años confirman que la promesa que hizo Dios de derramar su poder tenía el propósito de estar vigente todo el tiempo durante la lucha terrenal de la iglesia. Aunque el cristianismo como un todo se ha contentado con el credo y la forma, siempre ha habido un grupo más reducido dentro de la gran congregación que ha comprobado las

promesas y hasta cierto punto ha disfrutado de los frutos del Pentecostés.

Los movimientos poderosos que hemos llamado "reformas", las arremetidas de actividad misionera y los repentinos brotes de llamas de avivamiento sobre comunidades y naciones, han sido la señal del fuego durante la noche para indicar la obra de Dios. A medida que la historia pasa, estas manifestaciones espirituales nos ha dado a los moravos, los metodistas, el Ejército de Salvación, una galaxia de poderosos predicadores y misioneros cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida.

Actualmente, hay evidencias dispersas de que Dios está derramando su Espíritu sobre los hombres. Las poderosas obras que están ocurriendo en los países escandinavos, las Antillas Neerlandesas del Este, la Indochina Francesa, sólo pueden explicarse como nuevos capítulos del libro de Dios que no ha terminado: los Hechos del Espíritu Santo.

Ahora bien, si Dios quiere derramar su Espíritu sobre nosotros hoy, ¿entonces por qué no entran más cristianos y más iglesias en una experiencia de poder que por lo menos se acerque a la de la iglesia primitiva? Con gozo admitimos que algunos han entrado, ¿pero por qué sólo un reducido número? Cuando la provisión es tan amplia y la promesa segura, ¿qué es lo que nos lo impide?

En respuesta, presentamos el siguiente análisis, que, si no sirve para otra cosa, tiene por lo menos el crédito de haber sido el fruto de una observación esmerada y con mucha oración.

Un obstáculo para la recepción del poder es un difundido temor a nuestras emociones cuando tocan la vida religiosa. Temor que ha llegado a convertirse en una fobia para muchas personas serias. Hombres que debían saber mejor las cosas, se arrodillan hasta una hora junto a una persona que está buscando la bendición, para advertirle todo el tiempo de manera solemne que debe luchar contra los sentimientos como se lucha contra el mismo diablo. Los maestros bíblicos pronuncian discursos contra los sentimientos hasta que nos sentimos avergonzados, admitiendo que jamás albergamos nada tan depravado como los sentimientos. En la enseñanza moderna, los sentimientos y la fe se oponen entre sí, dando a entender que cualquier manifestación de emociones carece de delicadeza o es absolutamente carnal, y que debe evitarse por ser un indicio de herejía o algo peor.

Esta doctrina antiemocionalista, aunque patrocinada por algunas personas bien intencionadas y de convicciones muy ortodoxas; es una inferencia que no tiene garantía. No es una doctrina bíblica y está en violenta oposición a la psicología y al sentido común. ¿Qué fundamento bíblico tiene afirmar que el senti-

miento y la fe están en contraposición? El hecho es que la fe engendra sentimientos tan ciertamente como la vida engendra movimiento.

Podemos tener sentimientos sin fe, pero jamás fe sin sentimientos. La fe, como una fría luz sin emociones, es completamente desconocida en las Escrituras. La fe de los héroes bíblicos invariablemente despertó las emociones y los condujo a la acción positiva en la dirección de la fe. Una afirmación, una promesa, una advertencia, siempre produjo su correspondiente excitación en los sentimientos de los creyentes. Noé "con temor preparó el arca". Abraham "se gozó" y "obedeció". El libro de los Hechos casi estalla de gozo. Tal vez el mejor resumen de esta controversia lo hizo el apóstol Pablo cuando escribió a los romanos: "...porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17). Pedro también lo sintetiza de la siguiente manera: "...creyendo, os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1 Pedro 1:8).

Otro obstáculo para recibir la bendición es el temor al fanatismo. La repulsión instintiva a los excesos de la carne y a la conducta necia e indisciplinada, tal como la practican los que profesan tener las más elevadas experiencias espirituales, ha apartado a muchos de los hijos de Dios que tienen hambre espiritual de una vida de poder. Son demasiado refinados

para soportar las rudas torpezas y el mal gusto que se halla entre los herederos del Pentecostés que tienen un estilo sui generis, y en su desilusión, juzgan todas las enseñanzas relacionadas con el Espíritu Santo como parte de una pieza total, y no quieren nada con ninguna de esas enseñanzas.

Esto es tan deplorable como fácil de entender. A tales víctimas es necesario enseñarles que el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús y que es tan refinado y bello como el mismo Salvador. Hay una bendita provisión que espera aquellos que tan pronto venzan este temor al fanatismo.

El otro elemento que impide grandemente el poder en el pueblo de Dios es la dureza de corazón causada por el hecho de oír a hombres que aunque contantemente predicán acerca del Espíritu Santo, no lo tienen. No hay doctrina tan escalofriante como la doctrina del Espíritu, sostenida con una pasividad fría y con una incredulidad personal. El oyente se aparta con apagada apatía de la exhortación a ser lleno del Espíritu, a menos que el mismo Espíritu le exhorte por medio del predicador. Es posible aprender la doctrina, predicarla fielmente, y no obstante, estar totalmente desprovisto de poder. Los oyentes sienten la ausencia de poder y se retiran con corazones insensibles. Esto no es una oposición a la verdad, sino una reacción inconsciente que brota de la falta de realidad. Sin embargo,

difícilmente alguno de los oyentes pudiera decirle al otro cuál es el problema; es como si hubieran escuchado un eco, no la voz, o haber visto un reflejo y no la misma luz.

Mencionaré un elemento más que impide a los creyentes recibir y disfrutar del poder del Espíritu Santo: se trata del hábito de instruir a los que buscan ser llenos del Espíritu Santo, para que "lo reciban por la fe".

En todo el Nuevo Testamento se evidencia claramente que la expiación debe recibirse por la fe. Este hecho es básico en la teología de la redención y cualquier apartamiento de él es fatal para la experiencia cristiana. Pablo enseña enfáticamente que el Espíritu se recibe por la fe, y reprende a cualquiera que enseñe de otra manera.

Parecería, pues, al darle a esto una mirada superficial, que instruir al que busca el poder a que lo "reciba por la fe", es un sano procedimiento. Pero en todo esto se oculta sutilmente una trampa. Uno se ve obligado a preguntarse si las palabras "por la fe", según los maestros modernos, significan lo mismo que cuando las usaba el apóstol Pablo. Se observa un agudo contraste entre los cristianos llenos del Espíritu en el tiempo de Pablo y muchos que hoy día dicen que han tenido tal experiencia. Es cierto que los que se convirtieron con el mensaje de Pablo recibieron el Espíritu Santo por la fe, pero realmente lo recibieron. Hoy, milla-

res de cristianos pasan por la acción de recibirlo por fe y creen que lo han recibido; pero por su continua fragilidad demuestran que no han experimentado su poder real.

Parece que el problema está en el concepto que tenemos de fe. La fe, como Pablo la entendía, era algo vivo y flamante que conducía al rendimiento y a la obediencia a Cristo. La fe de nuestro tiempo con frecuencia no significa más que un manso consentimiento a una doctrina. Muchos, aunque convencidos de la necesidad que tienen de poder, no están dispuestos a pasar por la lucha de morir a la vida antigua, se vuelven con alivio a esta doctrina de "recibirlo por la fe", es decir, de creer que lo han recibido, como única salida para escapar de sus dificultades. Eso les permite salvar las apariencias y los capacita para marchar con el verdadero Israel; pero constituyen la "multitud mezclada" que disminuye el avance de los redimidos, causando la mayor parte de las dificultades cuando las cosas se ponen difíciles. A menos que más tarde estas personas comprendan las cosas de una manera diferente y decidan marchar por el camino difícil, están condenadas a pasar el resto de sus vidas en una desilusión secreta.

Debemos recordar que nadie recibió el Espíritu Santo sin conocerlo. El siempre se anuncia a la conciencia interna. Dios derramará su Espíritu en respuesta a la fe sencilla y real, acompañada por una profunda pobreza

de espíritu y poderosos anhelos del corazón, y de igual manera se expresa con fuertes clamores y lágrimas.

Unidad y renovación

Dios obra siempre y cuando su pueblo cumpla las condiciones que El establece. Cualquier manifestación espiritual será limitada o amplia, dependiendo de lo bien que se satisfagan estas condiciones. La primera condición es la unidad de mente entre las personas que buscan esta manifestación.

*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
habitar los hermanos juntos en armonía!
Es como el buen óleo sobre la cabeza,
El cual desciende sobre la barba,
La barba de Aarón,
Y baja hasta el borde de sus vestiduras;
Como el rocío de Hermón,
Que desciende sobre los montes de Sión;
Porque allí envía Jehová bendición,
Y vida eterna (Salmos 133).*

Aquí la unidad precede a la bendición y así ocurre en toda la Biblia. Que un individuo pueda buscar y obtener gran ayuda espiritual de Dios; es una cosa, pero que un grupo de personas se una con la finalidad de buscar una nueva manifestación de parte de Dios para todo el grupo, es algo completamente diferente y una obra espiritual grandemente superior a

la primera. La primera es un asunto personal, y fácilmente puede comenzar y terminar con una sola persona; la otra puede continuar hasta bendecir a un ilimitado número de personas.

Difícilmente se pudiera dudar que hay muchas personas llenas del Espíritu Santo, que practican vidas puras y devotas, sin embargo, ejercen poco poder o ningún en la dirección de un movimiento de renovación. Viven en un bello aislamiento, y hacen poco o nada para que descendan "lluvias de bendición" sobre grupos mayores. Estas personas, entre las cuales hay cristianos de todas las clases dotados con diversos dones, se han rendido al espíritu de los tiempos y han dejado de esperar ondas de renovación. Oyen que Jesús les dice: "...echad el anzuelo y la cuerda para que saquéis un pez." Mas no escuchan que también El dice en el Evangelio: "...echad vuestras redes para pescar."

Existe lo que se llama el flujo de bendición, cuando una experiencia se confunde con la otra, y la gracia de un día continúa hasta el siguiente. El ánimo espiritual pasa de una reunión a otra y permite que el Espíritu avance en su obra. Esto elimina la desanimadora necesidad de repetir cada domingo la obra que se ha realizado el domingo anterior. Concede el alto beneficio de la acumulación y sirve para atraer un creciente número de creyentes hacia

las aguas del bautismo. Esto es lo que necesitamos hoy.

Históricamente, los movimientos de renovación se han producido principalmente como un logro de la unidad de mente entre grupos de creyentes cristianos. En el segundo capítulo de los Hechos dice que "estaban todos unánimes juntos", cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos. El no vino para traerles la unanimidad. Vino por cuanto ellos ya estaban en esa condición. El Espíritu nunca viene para dar unidad, aunque su presencia ciertamente ayuda y perfecciona la unidad que pueda existir. El viene a aquel grupo de hermanos que, por medio del arrepentimiento y la fe han llegado a estar unánimes.

Esto perturba a algunos que no se han detenido a cuestionar la doctrina comúnmente aceptada, según la cual la unidad de corazón entre los cristianos es una soberana obra de Dios y nosotros no podemos intervenir en ella. Esta obtusa doctrina de la inacción nos ha enseñado que no debemos procurar hacer nada, sino tener la vaga esperanza que Dios nos dará de alguna manera la unanimidad. Si el logro de la unidad es sólo una obra de Dios, ¿por qué Cristo y los apóstoles nos exhortan constantemente a la unidad? "...completa mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa" (Filipenses 2:2). "...solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efe-

sios 4:3). "Ruego a Evodia y a Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor" (Filipenses 4:2). "... os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer" (1 Corintios 1:10).

De acuerdo con todas estas porciones de la Escritura, queda claro que los creyentes tienen una gran parte en la responsabilidad de lograr y mantener la unidad entre sí mismos. En esto, como en todo lo demás, Dios tiene que dar ayuda efectiva, pero El no puede hacer la obra solo. El tiene que cooperar eficazmente con la parte que le corresponde al creyente. Y puesto que el Espíritu Santo puede hacer sus poderosas obras sólo donde existe la unidad, llega a ser de suprema importancia que todo el que desea la renovación espiritual haga todo lo que está de su parte para que se produzca tal condición.

Reconozco que es fácil hallar en esta enseñanza una fuente de mucha desilusión para el pastor que lucha. "Si la unanimidad es tan importante para la obra del Espíritu Santo, entonces me desespero con mi iglesia. Sus miembros son una mezcla de protestantismos con docenas de matices de opiniones teológicas entre ellos. Están de acuerdo en los principios fundamentales, pero difieren en tantos puntos que yo no pudiera tener la esperanza

de unirlos. ¿Cómo pueden borrar las diferencias que surgen del hecho de que provienen de diversas tradiciones religiosas? ¿Cómo podrán alguna vez llegar a tener la misma opinión en todos los puntos? Si Dios no puede enviar sus lluvias refrescantes hasta que nosotros logremos lo que yo creo que es imposible, entonces nuestro caso no tiene esperanza." Algo así pudiera ser nuestra respuesta a la exhortación a la unidad, y la persona atribulada que habla de esa manera, no se opone, sino que es una persona que sinceramente ama a Dios y a los perdidos.

Esto pareciera destruir todo lo que se ha dicho en favor de la unidad para la renovación, si no fuera por dos hechos: uno, que la unidad que estamos defendiendo no es una unidad teológica; lo otro, que Dios no requiere una unidad que abarque el ciento por ciento de las personas para comenzar su obra. Dios responde aun a "dos o tres" que se reúnan en su nombre. Y la amplitud y poder de la obra del Señor dependerán del tamaño del núcleo en relación con el número total de los creyentes de la iglesia.

La unidad para la renovación espiritual no equivale a la unidad teológica. Dios demanda unidad en todas las cosas que importan; ya que somos libres para ser individualistas. En el Pentecostés, todos los discípulos estaban unánimes en el Espíritu. En todas las demás cosas, ellos eran ciento veinte personas. La

armonía puede definirse como unanimidad en los puntos de contacto. No se necesitó más que esto para asegurar la unidad que precedió al Pentecostés. No necesitamos mirar más atrás de los años de la Alianza para ver la manera como Dios puede honrar a una corporación de hombres y mujeres que estén unánimes en un propósito espiritual, aunque sus posiciones doctrinales tal vez no sean idénticas.

Luego, debe estimularnos el hecho de que Dios no espera de nosotros perfección. El no la espera de sus hijos imperfectos. Un pequeño grupo dentro de una gran corporación de cristianos puede ser la clave para la renovación espiritual, si logran la unanimidad de corazón y propósito. Dios puede comenzar en ellos la obra y continuarla en gran número de cristianos a medida que la renovación espiritual se extiende. Cuantos más individuos estén "unánimes juntos" en una iglesia, tanto más poderosamente se moverá el Espíritu en su obra de salvación; pero El nunca espera la participación de todos los miembros.

Toda iglesia debe esforzarse por lograr la unanimidad de corazón entre sus miembros, no con languidez, sino con oración y seriedad. Todo pastor debe demostrar a su pueblo que la posibilidad de poder está en la fusión de muchas almas en una.